

IRIS



26 CENTS

BARCELONA, 18 NOVIEMBRE 1899

NÚM. 28

Ayuntamiento de Madrid

ADMINISTRACIÓN
50, PLAZA DE TETUÁN, 50
BARCELONA

IRIS

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN
50, PLAZA DE TETUÁN, 50
BARCELONA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

EL
IMPERIO DEL SOL NACIENTE
OBRA ESCRITA
POR
D. JUAN LUCENA DE LOS RÍOS

ILUSTRADA CON GRABADOS

Un tomo en tela, 750 pesetas.



ESPOSA ENAMORADA

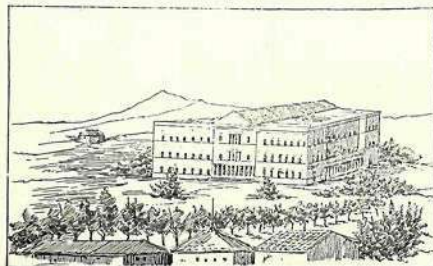
POR
ANDRÉS ARELLANO

25 cuadernos, que forman 2 tomos, 1350 pesetas.
Encuadernada, 1570 pesetas.

ALBORADA Ó LA CAUTIVA DE AMOR

POR
L. GARCÍA DEL REAL

25 cuadernos, que forman 2 tomos, 1250 pesetas.
Encuadernada, 1570 pesetas.



VIAJE AL PAÍS DE LOS SABIOS

POR
D. JUAN LUCENA DE LOS RÍOS

La brillantez del estilo y la animación del relato hacen de este libro una obra que une al deleite de la lectura el fácil conocimiento de la ilustre nación cuyo saber y cuyas artes se han perpetuado en el actual mundo latino.
Un tomo en tela, 750 pesetas.

LOS MISTERIOS DEL SERRALLO

POR
ALVARO CARRILLO

Preziosa novela en que el autor revela su conocimiento del mundo oriental. 60 cuadernos, que forman 2 tomos, y encuadernada, 17 pesetas.

LA MUJER AMOR

POR
D. RAFAEL DEL CASTILLO

60 cuadernos, que forman 2 tomos Encuadernada, con tapas especiales, 70 pesetas.

Ayuntamiento de Madrid



EL OBRERO RAFAEL

I

Era muy dichosa la familia del obrero Rafael. Su mujer, la hacendosa María, arreglaba con acierto su hogar, y Rosario, una niña de seis años, hermosa como un ángel, alegraba con sus juegos y sus risas aquella morada humilde.

Trabajaba Rafael en el taller de laminar de una magnífica fábrica siderúrgica del Norte, y por su larga y ruda tarea obtenía un jornal que le permitía cubrir las necesidades de su casa.

Obrero inteligente é incansable, gozaba entre sus compañeros de general estimación, y los capataces contramaestres le distinguían, asimismo, con su aprecio. En los escasos ratos de ocio que disfrutaba, Rafael leía con interés libros y periódicos, siendo por esto uno de los operarios más ilustrados de su clase. Ocupaba un cargo en la junta directiva de *La Fraternidad*, sociedad de resistencia organizada por algunos trabajadores de ideas avanzadas, y su palabra era siempre escuchada con agrado por sus compañeros.

Existía en la zona industrial una agitación latente, producida, según los obreros, por las exigencias de los patronos, y según éstos por las predicaciones de los organizadores de *La Fraternidad* que trataban de suscitar un conflicto peligroso.

Brotaron, al fin, algunos chispazos de descontento en la fábrica donde laboraba Rafael, y el director despidió á los operarios que se habían significado en el alboroto. La sociedad de resistencia examinó los hechos en una reunión animada, y después de largo debate acordó por mayoría de votos ir á la huelga si los obreros despedidos no eran admitidos nuevamente. Rafael pronunció un discurso, muy aplaudido, declarándose partidario de los temperamentos enérgicos.

El conflicto surgió amenazador é imponente, y los mil operarios que llenaban las extensas naves se negaron á continuar en ellas, despojándose totalmente la fábrica. Los altos hornos no hacían la colada del hierro que había de transformarse en lingote; los vertedores Robert permanecían inmóviles y sin arrojar torrentes de caldo rojizo; quedaron sin funcionar los enormes martillos que expurgaban de escoria los bloques en ignición; cesaron en su vertiginosa marcha los trenes de laminar que convertían en chapas delgadas los voluminosos tochos de acero, y en aquel grandioso centro siderúrgico, orgullo de la comarca, reinó un silencio de muerte, una calma abrumadora que formaba singular contraste con el movimiento de ayer, con la exuberancia de vida que semejava una inmensa colmena de abejas humanas...

II

Transcurrieron cinco semanas inacabables sin que la huelga terminase, por no encontrar autoridades, patronos ni obreros una fórmula racional de avenencia. Para sustituir á los trabajadores de la fábrica fueron alistados otros de las provincias limítrofes, donde la miseria tenía inactivos numerosos

brazos, y al cabo de un mes comenzaron los talleres á verse concurridos, trabájandose en ellos, aunque con entorpecimientos y deficiencias que la gente nueva no podía evitar.

Rafael, como sus compañeros, había agotado todos sus recursos, arrancando de su hogar las pocas prendas de algún valor que lo adornaban. Cuando su penuria era más extrema, una terrible desgracia ennegreció su situación... Rosario, el encanto de María y Rafael, cayó postrada en cama consumida por la fiebre, y sin que sus padres dispusieran de recursos para combatirla.

El obrero, antes enérgico y animoso, decayó con las vigili-
lias de la huelga y el dolor de ver á su hija moribunda. Una
noche triste en que el matrimonio afligido velaba á la niña
que se agitaba en su cuna, María exclamó en un arranque de
amor maternal:

—Rafael, nuestra hija se muere por tu intransigencia y tu
vanidad. ¡Si mañana al toque de campana no acudes al taller,
Rosario, por falta de medicinas, volará al cielo!

III

Los jefes de la huelga, los primates de *La Fraternidad*, comentaban la noticia con frases duras. Rafael, el huelguista que les arrastró á una determinación violenta, había faltado á su compromiso de honor.

Aquella mañana, al abrirse la puerta de la fábrica, esqui-
vando las miradas de sus compañeros, se había presentado al
administrador, y á cambio del anticipo de una semana de
jornales había reanudado sus faenas y empuñaba las férreas
tenazas que introducían los candentes tochos de acero en las
faucias del tren de laminar.

Miguelón, presidente de la sociedad y hombre de temple,
que condenaba la flaqueza de los huelguistas que en gran número se ha-
bían sometido apremiados por la necesidad, ofreció á sus amigos castigar
públicamente la defección de Rafael

Al anocheecer, cuando el padre de Rosario con la boina
echada sobre los ojos salía furtivamente de su taller, Miguelón

se puso delante de él, y cogiéndole brutalmente por la blusa le dijo á voces:

—¡Rafael, eres un traidor!

El obrero levantó la cabeza al oír estas palabras, miró frente á frente á su
amigo, y separando las manos que le detenían, contestó en tono re-
posado:

—Ven á mi casa, Miguelón, y hablaremos.

El huelguista, que esperaba una respuesta agresiva, quedó sor-
prendido y desarmado al ver el rostro macilento de Rafael y su
actitud tranquila, y echó á andar á su lado sin pronunciar otra
frase.

Llegaron á la habitación en que María sollozaba al pie de la cuna
de Rosario, cuya cabecita pálida se destacaba sobre la almohada, y
Miguelón se descubrió con respeto.

Rafael cogió de la mano á su amigo y murmuró á su oído en voz baja
y conmovida:

—Mírala, Miguel, mírala desfallecida. El doctor me dijo que se moría
por falta de medicinas, y yo no he vacilado. ¡Antes que socialista, soy
padre!

Miguel bajó la cabeza y dijo:

—Has hecho bien. No podemos luchar siempre contra la fatalidad.
¡Te compadezco, y compadezco á cuantos se hallen en tu caso!



FLORETE



¿ESTOY BIEN ASÍ?

Ayuntamiento de Madrid

LLEGADA DEL SEÑOR SOL Y ORTEGA

Nunca se ha presenciado en Barcelona un espectáculo tan grandioso como el de la llegada del Sr. Sol y Ortega, y pocas veces las muestras de entusiasmo han sido tan delirantes como al aclamarle las cuarenta ó cincuenta mil personas, pertenecientes á todas las clases sociales, que quisieron atestiguar de esta manera su gratitud al noble patriota que con tanta elocuencia se había hecho eco en el Congreso de las aspiraciones de Cataluña.

El aspecto de Barcelona era imponente: las grandes avenidas que conducen á la estación de Francia, estaban materialmente henchidas de gentío que



D. JUAN SOL Y ORTEGA, DEPUTADO POR BARCELONA

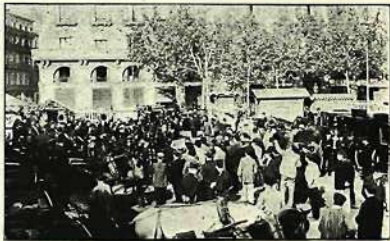
con el mayor orden fué acompañando el ilustre tribuno hasta su casa de la Rambla de Cataluña, resonando por toda la carrera un no interrumpido aplauso. Las Ramblas estaban enteramente obstruidas por la muchedumbre, haciéndose necesario suspender el tránsito rodado; al pasar el Sr. Sol y Ortega por la Rambla de San José le fueron arrojadas todas las flores que había en los puestos, y eso que eran en cantidad fabulosa. Fué una ovación indescriptible.

La llegada del Sr. Durán y Bas, dos días antes, dió lugar á una cariñosa manifestación, pero sin el carácter extraordinariamente excepcional que revistió la del Sr. Sol y Or-

tega. El Sr. Durán y Bas tuvo la suerte de regresar con el prestigio de su dimisión, lo cual le devolvió



ASPECTO DEL PASEO DE LA ADUANA Y CALLE DEL COMERCIO



LLEGADA DE LOS COCHES PARA RECIBIR AL SR. SOL Y ORTEGA



LLEGADA DEL TREN Y PASE AL ANDEN

Ayuntamiento de Madrid



NARCISA

Peregrina enfermedad era la que sufría desde hacía algún tiempo la hermosísima princesa Graciosa: tan prendada estaba de su imagen que no podía perderla de vista ni un instante, y así se pasaba los días y las noches sin salir nunca de su camarín, arreglado para ella como la concha para la perla: todo él estaba revestido de espejos; el techo, el suelo, las paredes reflejaban la imagen de la bella. Hay que decir ahora que Graciosa era huérfana de padre y madre, y ejercía durante su menor edad la regencia su venerable abuelo; pero, por fin, murió también éste, y la hermosa niña se encontró reina de hecho y de derecho á los diez y nueve años.

Acercáronse á su presencia los ministros y la manifestaron que según el artículo tantos de la constitución, la reina debería contraer enlace antes de los veinticinco años, so pena de quedar destronada.

La princesa respondió que la dejaran en paz, pero decididamente no podía soportar sus nuevas funciones. En cuanto dejaba de poder contemplarse en el espejo su malestar no reconocía límites. Entonces comprendió que aquello tenía, perdónese la irreverencia, algo de chifladura, y mandó llamar á su médico de cámara. Este, que era viejo y severo, la recomendó que rompiera resueltamente con aquella malhadada costumbre, y rompiera también los espejos, pero Graciosa hubo de escuchar con horror tales palabras, y consultó con otro galeno. Este era joven, y además pobre, y comprendiendo el partido que podía sacar de la consulta aconsejó á la reina que no dejara de mirarse al espejo ni un instante, y que llenara de lunas todas las salas, corredores y escaleras del palacio, los coches, el palco del teatro, la tribuna de la capilla, la cama, etc., no siendo menester decir que la reina quedó encanada del plan, por más que sus camaristas no pudiesen ocultar el miedo que les daba aquella singular manía. Así fueron pasando muchos días hasta que cierta mañana se presentó á ofrecer sus respetos á Su Majestad un joven príncipe extranjero.

Era ciertamente todo un real mozo, pero al parecer muy frío. No pareció hacer el menor caso de la deslumbrante hermosura ni del espléndido traje de Graciosa, y ni siquiera al ser recibido en el camarín de los espejos demostró la menor sorpresa por tan original decorado.

—Esa muchacha, —pensaba el príncipe, —es una muñeca, muy bonita, pero privada de inteligencia y de sentimiento.

Con todo, no parecía tener ganas de marcharse, y como algo había que hacer para agasajarle, la reinicéptica pensó en celebrar una fiesta en su obsequio.

Pero ¿qué fiesta? No se le habían importado nunca un bledo las cosas de la inteligencia ni del arte; en fin, le daría un banquete, y luego se representaría una danza mitológica.

El príncipe se aburría de una manera feroz, y al terminar la representación preguntó á la reina:

—¿No le gusta á V. M. la música?

—¡Cómo si me gusta! ¡Pues si toda la noche han estado tocando!

—Sí, pero esa música no es la que yo quiero decir; eso no ha sido más que un acompañamiento. Me refería á artistas, á cantantes. Parece imposible que teniendo V. M. tan bellas damas de honor no haya ninguna que cante. Crea V. M. que la melodía más sencilla, cantada por una voz ó á coro produce mucho más placer que las mejor tocadas contradanzas ó pavanas.

Entonces se acercó la camarera mayor, capitana de aquel escuadrón de volantes *serafines*, y dijo:

—Si V. M. lo desea, podría cantar la señorita Violeta; no creo que sea un gran talento, pero lo que es como cantar... canta en la mano.

Su Majestad se dignó ordenar á Violeta que cantara, y la joven dama se adelantó hacia el centro del salón. Era una morenita bajita, delgadilla, con unos ojazos como los arcos de un puente, pero monísima. Y se echó á cantar, con acompañamiento de guitarra, pues no había allí piano ni cosa parecida. ¡Y que bien cantó! ¡Se llevaba los corazones!

Una vez hubo acabado, el príncipe la dió el brazo y la condujo á un extremo del salón, mostrándole su amanteladísimo, hasta que, por fin, volvió al lado de la reina. Estaba desconocido; la reina no podía creer que aquel rostro lleno de entusiasmo, animado, radiante, fuese la impasible máscara que había visto hasta entonces, tanto que Graciosa, sin saberlo, por supuesto, quedó enamoradísima de él y se desmayó.

Trasladáronla á su cuarto, y en cuanto volvió en sí, queriendo estar sola, mandó á todas que salieran. Pero ¡qué había de estar sola! Estaba con sus innumerables imágenes reflejadas en los espejos. Graciosa, hecha una furia, se encará con una de ellas, y allí se amenazó con el puño y aun descargó algún bofetón... sobre el cristal.

—¿Tú eres, pues,—le decía á la Graciosa de enfrente,—tú eres la que yo consideraba como un pro-



digio del universo? Pues entiende que no has sabido agradecerle, que no ha tenido para ti ni una mirada de admiración, mientras se ha entusiasmado con esa muchachuela en quien jamás había reparado antes. Y la amará... y á mí no, á mí que le amo, que le adoro...

Y, sin poder contenerse, cogió un pesado candelabro de plata y se lo tiró por la cabeza á la del espejo, el cual, por supuesto, quedó hecho trizas.

Loca de desesperación resolvió huir de palacio, no verle más al príncipe, y, en efecto, envolvióse en un manto que cubría todo su traje, bajó por una escalera secreta á unos subterráneos, y por casualidad supo dar con la salida. Ya estaba fuera del palacio; ya estuvo en breve fuera de la ciudad; interínse por un bosque y caminó por él sin cesar hasta que cayó rendida de cansancio y de sueño sobre el césped. En cuanto despertó echó á andar de nuevo, y encontró al poco rato á un anciano.

—¿Quién eres y por qué lloras?—la preguntó aquel hombre.

La reina, subyugada por el grave talante y el imperioso acento del desconocido se lo refirió todo,

—Tú eres la propia causa de tu desgracia,—le dijo,—y á ti sola te toca repararla. Olvida tu belleza, y haz por hacerte un alma.

—¿Un alma? ¿Pero que es un alma? ¿No tengo acaso un corazón que ama, que sufre, que mana sangre?

—Pues olvida también tu corazón, mudo hasta que penetró el amor en él. ¿Qué es una belleza sin alma?

—¿Pero cómo?

—Eso tú misma. Mira, vuelve á tu palacio, y trázate allí la línea de conducta que has de seguir.

—Mas ¡si no tengo á nadie que me guíe! ¡Si estoy abandonada!

Ayuntamiento de Madrid

—Tu amor te inspirará.

—¿Mi amor? ¡Oh, sí! Me voy. Entraré en mi palacio, pero no alivia la frente, sino humillada, puesta á soportar todos los sufrimientos que tengo merecidos.

Desapareció el anciano, y Graciosa echó á andar lentamente de vuelta al regio alcázar. Era la hora del ocaño, y aquella mutación de la luz á la oscuridad le pareció un símbolo.

Tres años después no era ya Graciosa la misma de antes. Moraba en un castillo, lejos de la capital; no cuidaba de su persona sino lo absolutamente necesario, estaba siempre triste; se ocupaba en los negocios del Estado, en el bien de su pueblo, y por lo mismo todos la creían loca.

De vez en cuando experimentaba Graciosa un gran dolor; cuantas veces, en efecto, se recibían despachos oficiales del príncipe, no dejaba el correo de gabinete de traer para Violeta alguna guitarra de gran precio ó alguna melodía expresamente compuesta para ella.

Un nuevo dolor se vino á añadir aun á éstos: según manifestaba el príncipe, iba éste á emprender un largo viaje que duraría dos años. Violeta, al saberlo, se puso mala, pues creía casarse con el príncipe, pero se consoló pronto, y se casó con un gentil caballero de aquella corte. Graciosa no se puso mala, pero su tristeza fué mayor que nunca. Así las cosas, recibió Graciosa una desagradable visita.

Sus ministros se presentaron en cuerpo á manifestarle que en breve cumpliría veinticinco años, y había de casarse sino quería abdicar.

¡Pobre Graciosa! ¡Cuán desgraciada había sido! Moriría privada de la corona, después de haber vivido privada de amor. Así transcurrieron algunos días hasta que una noche una de sus damas de honor, con tembloroso acento y balbuciendo de miedo la dijo:

—Señora... hay alguien... que desearía tener el honor... de ver á V. M. Es una augusta persona.

—¿Una augusta persona? ¿algún rey? Sería preciso recibirle con ceremonia, y no estoy para eso.

—No, no; nada de ceremonias,—replicó vivamente la dama.—Al contrario.

La reina escuchaba distraídamente cuando de pronto, levantándose, exclamó:

—¡Ah! ¡Es él! ¡Es él! Que venga, que venga... quiero verle por última vez.

Era él, en efecto. La reina mandó les dejaran solos.

—Dispensad, señora,—exclamó el príncipe;—pero no reconozco la antigua fisonomía de V. M.

—Es que he cambiado mucho,—dijo lentamente la reina.

—Eso debe ser, porque esos vestidos de luto... No sabía que hubiéseis tenido pérdidas de familia.

—No he perdido á nadie... llevo luto por otra causa. Aparte de esto me alegro que hayáis venido, porque, sin duda, es ésta la última vez que nos hemos de ver. Pienso en breve renunciar á la corona. Es menester que les de un rey á mis súbditos, y no pienso casarme.

—¿Será posible? ¿Y por ese motivo va á abdicar V. M.?

—Creo que es bastante.

—¿Qué coincidencia! También voy yo á renunciar, por igual motivo. La razón de Estado me había impuesto una novia, pero no quiero sacrificar mi independencia á mi trono. Será para mi hermano.

—Conque ¿no os casaréis?—exclamó Graciosa, sin poder ocultar su alegría, y como notase que había revelado lo que pasaba en lo íntimo de su corazón, hubiera caído desfallecida á no sostenerla el príncipe.

—¿Me amáis?—preguntó el joven.

—Sí,—respondió Graciosa con voz que parecía un suspiro.

—¡Oh gracias!—exclamó el príncipe.—Me habéis abierto el cielo.

—No me hubierais dicho eso hace tres años.

—Hace tres años erais maravillosamente bella, pero sin vida y sin pasión; entonces no me amábais.

—Sí, era bella, pero ya ahora no lo soy.

—Lo sois mil veces más. Entonces no teníais alma, y ahora asoma toda ella en vuestros ojos y en vuestros labios.

—¡Ah! ¡Tengo un alma! Puesto que tú lo has dicho, es verdad, y puesto que es verdad soy digna de tí—R. S.



Ayuntamiento de Madrid

UN HOMBRE OBEDIENTE, por Verdugo



1. Pérez leyó un día en el escaparate de cierto restaurant un anuncio impreso en los expresivos términos que verá el curioso lector.



2. Y como Pérez era un hombre obediente de suyo y no gustaba de hacer un feo á nadie, penetró inmediatamente en el establecimiento, pidiendo el succulento plato que el cartelito indicaba.



3. En menos de cinco minutos se comió la abundante ración, y como su estómago no había quedado todo lo lleno que él quería, repitió hasta dos veces más, con gran asombro del camarero que jamás vió á nadie comer con tanto apetito.



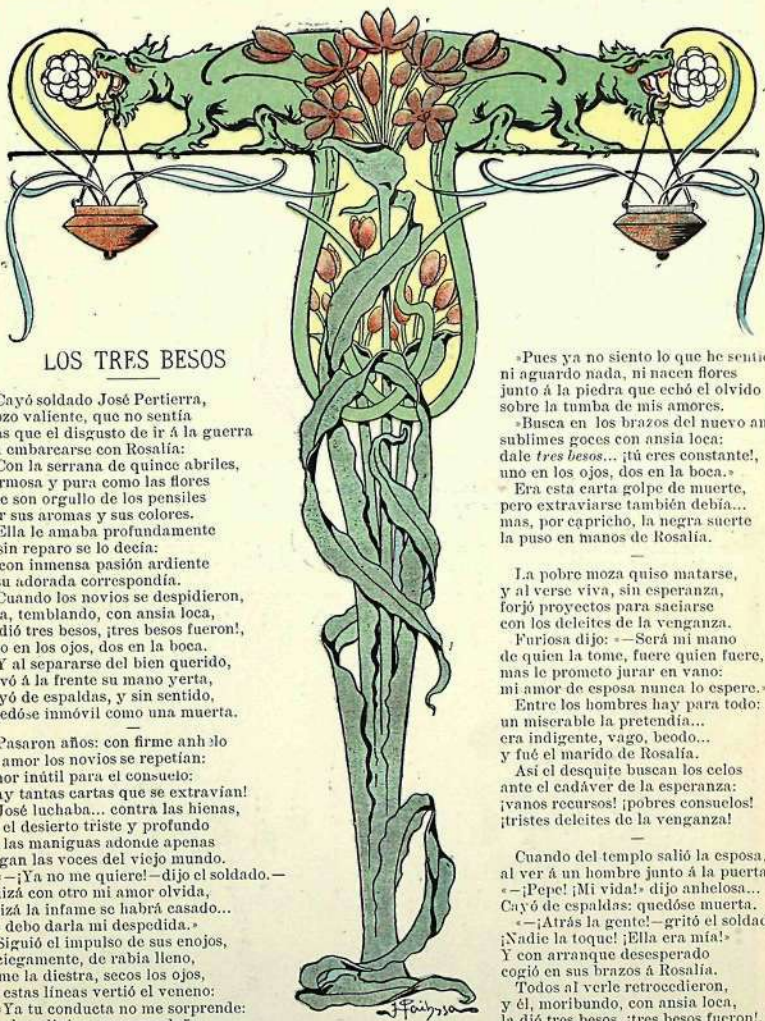
4. Una vez terminada la comida, Pérez se levantó de la mesa y salió del restaurant, contoneándose con tal aire de grande hombre, que, á no ser por la ropa, cualquiera hubiera creído que aquel pobre diablo que tan buenas tragaderas había demostrado, era el mismísimo ministro de Hacienda.



5. —¿Eh, caballero?—le dijo el mozo cuando se disponía á doblar la esquina.—Le advierto que no ha satisfecho la cuenta.
—¿Qué cuenta?—contestó Pérez asombrado.
—La de las tres raciones de ternera.
Y replicó nuestro hombre: —¿Pero hay que pagar la ternera?
—¡Pues es claro!



6. Pérez no quiso escuchar más. Como alma que lleva el diablo corrió en busca de un policía, el cual, una vez enterado de lo ocurrido, se presentó en el restaurant, llevándose detenidos al dueño y al camarero del mismo por seducción de hambrientos con premeditación y alevosía.



LOS TRES BESOS

Cayó soldado José Pertierra, mozo valiente, que no sentía más que el disgusto de ir á la guerra sin embarcarse con Rosalía:

Con la serrana de quince abriles, hermosa y pura como las flores que son orgullo de los pensiles por sus aromas y sus colores.

Ella le amaba profundamente y sin reparo se lo decía: él con inmensa pasión ardiente á su adorada correspondía.

Cuando los novios se despidieron, ella, temblando, con ansia loca, le dió tres besos, ¡tres besos fueron!, uno en los ojos, dos en la boca.

Y al separarse del bien querido, llevó á la frente su mano yerta, cayó de espaldas, y sin sentido, quedóse inmóvil como una muerta.

Pasaron años: con firme anhelo su amor los novios se repetían: amor inútil para el consuelo: ¡hay tantas cartas que se extravían!

José luchaba... contra las hienas, en el desierto triste y profundo de las maniguas adonde apenas llegan las voces del viejo mundo.

«— ¡Ya no me quiere! — dijo el soldado. — Quizá con otro mi amor olvida, quizá la infame se habrá casado... Yo debo darla mi despedida.»

Siguió el impulso de sus enojos, y ciegamente, de rabia lleno, firme la diestra, secos los ojos, en estas líneas vertió el veneno:

«Ya tu conducta no me sorprende: mucho adivino: poco me daña: si por codicia tu amor se vende, libre te dejo con tu compañía...»

«Pues ya no siento lo que he sentido, ni aguardo nada, ni nacen flores junto á la piedra que echó el olvido sobre la tumba de mis amores.

«Busca en los brazos del nuevo amante sublimes goces con ansia loca: dale tres besos... ¡tú eres constante!, uno en los ojos, dos en la boca.»

Era esta carta golpe de muerte, pero extraviarse también debía... mas, por capricho, la negra suerte la puso en manos de Rosalía.

La pobre moza quiso matarse, y al verse viva, sin esperanza, forjó proyectos para saciarse con los deleites de la venganza.

Furiosa dijo: «— Será mi mano de quien la tome, fuere quien fuere, mas le prometo jurar en vano: mi amor de esposa nunca lo espere.»

Entre los hombres hay para todo: un miserable la pretendía... era indigente, vago, beodo... y fué el marido de Rosalía.

Así el desquite buscan los celos ante el cadáver de la esperanza: ¡vanos recursos! ¡pobres consuelos! ¡tristes deleites de la venganza!

Cuando del templo salió la esposa, al ver á un hombre junto á la puerta, «— ¡Pepe! ¡Mi vida! dijo anhelosa... Cayó de espaldas: quedóse muerta.

«— ¡Atrás la gente! — gritó el soldado. — ¡Nadie la toque! ¡Ella era mía! Y con arranque desesperado cogió en sus brazos á Rosalía.

Todos al verle retrocedieron, y él, moribundo, con ansia loca, la dió tres besos, ¡tres besos fueron!, uno en los ojos, dos en la boca.

GRAN TEATRO DEL LICEO—"TRISTAN É ISOLDA"

Memorable en la historia del movimiento artístico de Barcelona habrá de ser la noche del 8 de noviembre, en que, por primera vez, se ejecutó en el Liceo la más hermosa, la más sublime, la más admirable de las óperas de Wagner, desde el punto de vista del sentimiento: *Tristan é Isolde*.

Todo contribuyó á que su éxito fuera completo, inmejorable. Dirigía la ópera el ilustre maestro Eduardo Colonne, de fama universal; los cantantes eran la Adiny (*Isotta*), la Borlinetto (*Brangania*), Cardinali (*Tristan*), Giraltoni (*Kurcenal*) y Cromberg (*Rey Marke*), formando un cuadro de primer orden. Las decoraciones eran obra del gran maestro Soler y Kovirosa, con lo cual no es menester más para comprender toda su magnífica poesía. Los figurines habían sido encargados al ilustradísimo y concienzudo Labarta. La orquesta, preparada por Nicolau, hizo prodigios bajo la batuta mágica de

Colonne. Debe decirse de la Sra. Adiny que, por rara casualidad, es la encarnación viviente del personaje que representaba, y con razón se ha podido decir que hizo de su papel «una creación plástica estupenda»; verdad es que todos los demás se penetraron á su vez tan profundamente del carácter de cada uno que el conjunto salió á maravilla.

Imposible es decir qué situación de la ópera gustó más, pues desde el preludio hasta el incomparable final no puede decaer ni por un solo momento el interés, ante la ópera, lo cual no sucede si se oyen ciertos fragmentos en concierto; tal sucede, por ejemplo, con el famoso solo de *coro inglés* del pastor en el tercer acto, cuyo efecto es profundísimo en la ópera.

Todo el duo del segundo acto, y en el tercero la agonía de Tristan y la muerte de Isolde dejaron embelesados al público, cuyos aplausos, forzosamente contenidos durante todo el curso de cada



EL MAESTRO EDUARDO COLONNE
Director de los conciertos de su nombre en París



SRA. ADINY



SRA. BORLINETTO

acto, estallaban con el más vehemente entusiasmo al descender majestuosamente el telón, después de tanto tiempo de no interrumpida y honda emoción estética.

Y ahora sería injusto no tributar un sincero testimonio de agradecimiento á la empresa, que con no reparar en gastos para poner dignamente en escena la gran creación wagneriana, ha colocado á Barcelona á la altura de los más afamados centros artísticos de Europa, no teniendo ya nada que envidiar á Viena, Munich, París, Londres ó Stuttgart.

Ya con la audición de *Tristan é Isolda* puede decirse que está completamente iniciada



SR. CARDINALI

mente, rapidísima. Por lo demás, ha desaparecido por completo la antigua preocupación de ser ininteligible la música wagneriana, ó, según otros, de no ser melódica.

Como hace observar un distinguido crítico les pasa á esos lo que á aquel que conducido en medio de un bosque decía que no lo veía, que sólo veía árboles. La melodía, en Wagner, es precisamente la más culminante, sólo que hay que buscarla en las diversas partes.

nuestra *élite* intelectual en la música de Wagner, y satisfechos los anhelos de los que ansiaban conocer la ópera, oídos los fragmentos que dieron á conocer Nicolau y D'Indy en los conciertos de la *Sociedad Catalana*.

Dícese que quizás en no largo plazo se cante el *Sigfredo*, considerada por muchos como lo mejor de la *Tetralogía*, opinión no desprovista de fundamento á juzgar por lo que conocemos por haberlo oído en el Lírico.

Orgullosos podemos estar de haber llegado á la máxima altura en materia musical, y tanto más en cuanto la transformación en el gusto de nuestro público ha sido, relativa-



EUGENIO GIRALDONI



SR. CRONBERG

IBIZA



VISTA DESDE LA ISLA LLANA

Ayuntamiento de Madrid



CON ESCOPETA Y CON LAZO

Ayuntamiento de Madrid

LA GUERRA ANGLO-BOER

Pesimamente pintan las cosas para Inglaterra en el Africa del Sur; á la invasión del país de los Bechuanas y del Natal ha seguido la de la Colonia del Cabo por las fuerzas oranjistas. White, encerrado en Ladysmith, está cogido en la ratonera; Colenso cayó ya en poder de los boers y Estcourt se ve seriamente amenazada. Por la parte de occidente, continúa sitiada Mafeking; pero donde la situación adquiere mayor gravedad de cada momento es en el territorio del Cabo. No solamente los boers se han apoderado de Colesberg, sino también de Burghersdorp y otras localidades, siendo muy posible que cuando llegue el generalísimo Buller, con los



PAUL KRUGER
presidente de la República del Transvaal

Durban. En cuanto á Kimberley está sitiada estrechamente por Cronjé y se ve en grave apuro.

Un descalabro, muy posible, de las fuerzas que llevará Buller para hacer levantar el sitio de Ladysmith podría ser para Inglaterra un golpe de trascendentales consecuencias. Imposible parece que dos repúblicas, nacidas ayer, con una población de apenas 200,000 habitantes, humillen, derroten y tengan en jaque á la grande y poderosísima In-

refuerzos reconcentrados en Durban, ya haya caído Aliwal Nort en poder de los oranjistas.

Los boers han invadido además la Zululandia y la Amatongalandia, lo cual acaba de complicar la situación.

Sábase que la artillería boer tiene completamente dominada á la artillería inglesa de Ladysmith por la superioridad de su alcance y calibre.

Los colonos del Cabo reciben á los boers como amigos queridísimos, por predominar la población de origen holandés y contar con muchos parientes en el Estado Libre.

Témese, por otra parte, que las vencedoras tropas del general Joubert se decidan á atacar á



PALACIO DEL PARLAMENTO DEL CABO



LA CIUDAD DEL CABO (CAPE-TOWN) CAPITAL DE LA COLONIA



GUERRILLA BOER, CAMINO DE LA FRONTERA

glaterra; en esas repúblicas ha ido á refugiarse el honor, que parece desterrado de Europa, ese presuntuoso continente que está aguantando desde 1870 la hegemonía alemana y no ha sabido poner el veto á las atrocidades de Turquía, á los atentados de los yankis, ni al sistema de rapiña que caracteriza á Inglaterra.

¿Quién no admirará y no envidiará pues á los boers?

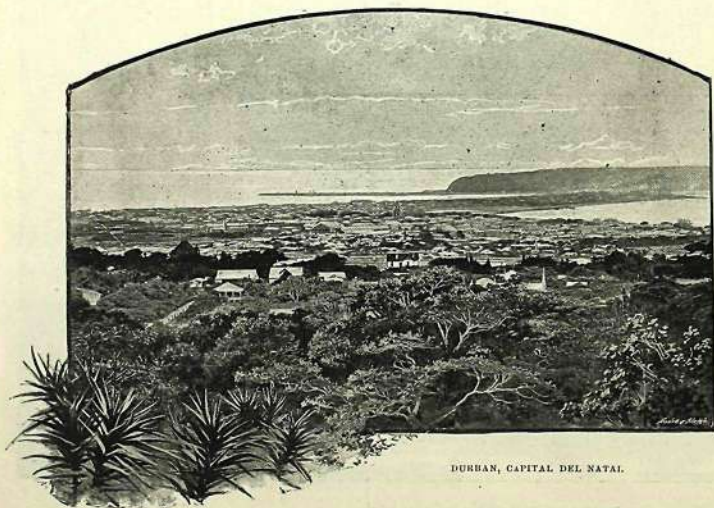
No faltansin embargo, espíritus recelosos que prevén, ó por lo menos recelan ciertas contingencias, no precisamente muy favorables para nosotros, basándose en ciertas frases de mister Charles Dil-

kie. Creen esos que si Inglaterra adquiere las posesiones portuguesas del África Austral, será quizás á condición de determinadas *compensaciones* en otra parte.

Sin embargo, es fácil que todo eso sean puras cavilaciones.



EL GENERAL BOER J. JOUBERT



DURBAN, CAPITAL DEL NATAL.

Ayuntamiento de Madrid

REPITORIA

UN DIA DE 210 HORAS

Tal puede llamarse el día 5 de octubre de 1582.

Al objeto de llevar á cabo la reforma del Calendario, el papa Gregorio XIII, autor de tan importante medida, ordenó que al día siguiente al del 4 de octubre se llamase el 15. En Francia anduvieron algo retrasados, y por edicto de Enrique III mandóse que al día 9 de diciembre siguiese el 20. Los ingleses no aceptaron la reforma gregoriana hasta el 3 de septiembre de 1752. En cuanto á los rusos, se han llamado andana, y de ahí que, al presente, vayan retrasados 12 días, por continuar rigiéndose por el calendario juliano, que supone dividido el año en 365,25 días medios, siendo así que se compone de 365,242,364.

A pesar de todo, el calendario gregoriano contiene aun un ligero error, de mas, pero hasta el año 4,000 no producirá el avance de un día. Dejemos, pues, que nuestros sucesores de entonces se las arreglen.

PARA EVITAR LA ASFIXIA EN LOS LAGARES

Varios son ya los desgraciados accidentes por asfixia ocurridos en la actual vendimia, que han costado la vida á infelices estrujadores de uva que han bajado imprudentemente ó se han caído al fondo del lagar.

Sabido es que la uva, por su fermentación, produce ácido carbónico, gas letal, en el cual se apaga toda luz. Siendo el ácido carbónico más pesado que el aire, permanece en el lagar en mayor ó menor cantidad, según esté dicho sitio más ó menos lleno de uva. Antes de descender, pues, allí dentro conviene asegurarse de si hay ó no ácido carbónico, para lo cual se baja una luz suspendida de una cuerda, y mejor aun de un alambre. Si no se apaga, se puede bajar, pero en caso

Solución del problema núm. 14.

— — —

D F G Jaque	RE 4
P F 3 *	P toma P
DE 6 *	RF 4
P E 3 *	P toma P
D F 6 *	RE 4
P D 3 *	P toma P
T C 4 *	CD 4
T toma C Jaque	P toma T
DE 6 *	RF 4
AD 6 *	P toma A
CD 5 *	P toma C
DF 6 *	RE 4
T G 4 *	CF 4
T toma C Jaque	P toma T
A F 5 *	P toma A
DE 5 *	P toma D
C Jaque y mate.	

contrario hay peligro. Entonces debe emplearse el siguiente medio:

Se da una vuelta al redor del lagar sirviéndose de una escalera, y se bate enérgicamente durante dos ó tres minutos con un costal, un delantal ó una pieza cualquiera de lienzo basto. Encontrándose de esta suerte expulsado el gas, la luz bajada de nuevo hasta la uva no se apaga ya, prueba de haber desaparecido todo peligro.

Así, pues, en caso de tener que prestar socorro á un asfixiado hay que comenzar por la operación arriba dicha, ya que de lo contrario se contarán tantas víctimas como salvadores bajen.

EL INVENTO DEL MICROSCOPIO

El microscopio fué inventado por Zacarías Jansen, vecino de Middleborough, en 1590. En 1618 el napolitano Francisco Fontana pretendió á su vez haber inventado, independientemente, dicho instrumento. En 1619 el alquimista holandés Cornelio Drebbel dió á conocer en Londres el instrumento de Jansen y construyó varios, en 1621.

El inmortal filósofo Espinosa, de Amsterdam, descendiente de judíos españoles se ganaba la vida tallando cristales para esos instrumentos.

Contrasentidos del calor político: la ferocidad de los moderados, el atraso de los progresistas, la temeridad de los conservadores, la tiranía de los liberales, los aptausos á Silvela, las novedades de Polareja, la aridez de Villaverde, los infernales planes de Paraíso, la frialdad de Sol, la sabiduría del Congreso (derivado de Congrio), etc.

Las mujeres han aprendido á llorar para mejor mentir

CHARADA

En la *primera segunda* de Quiero reina ahora dolencia fatal.
No ha mucho en la gran Zaragoza la jota una cien veces bailar,
¡y hay que tres como bailar la jota en aquella ciudad inmortal!
Un vestido de seda tres cuatro á mi prima le he de regalar.
Que es coir que le gusta en extremo, aunque á mi no me puede gustar.
Es el todo un señor hacendista, y aquí hago ya punto final.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

¡P Roqué Domingo
N N N!

Las soluciones en el próximo número.

SOLUCIONES

á los pasatiempos del número anterior

Charada.—Navarroreverter.
Tarjeta.—Esperanza Pastor.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ANTISTICA Y LITERARIA * INSERTESE Ó NO, NO SE DEVELEYE NINGUN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRAFICO EDITORIAL DE RAMON MOLINAS: PLAZA DE TETUAN, 50 — BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid